



SILLERIA DE TOLEDO.

BAJO RELIEVE

DE LA SILLERÍA BAJA EN EL CORO DE LA CATEDRAL DE TOLEDO, QUE REPRESENTA LA RENDICION DE LA VILLA DE SETENIL EN EL REINO DE GRANADA.

Uno de los monumentos artísticos é históricos de los muchos que encierra la catedral de Toledo, primada de las Españas, es sin duda la bella sillería baja en el coro. Los respaldares de dicha sillería representan las plazas fuertes tomadas á los moros por los insignes y memorables reyes Católicos D. Fernando é Isabel, sin duda para perpetuar tan grandes hechos de armas.

Esta sillería baja es de nogal y de estilo gótico; y empezó á construirse en el año 1493 bajo la dirección del artista maese Rodrigo; y se concluyó en tiempo del célebre cardenal Cisneros.

Es notable además de que constituye un poema mudo y sublime de nuestros gloriosos hechos de armas, porque dicha sillería encierra un rico y bello depósito para el curioso, y artista, en trajes, ceremonias militares y armas, en el siglo XV.

En el año de 1484 se puso sitio á la villa de Setenil por los cristianos, situada sobre un peñasco escarpado é inespugnable, porque en vano se había intentado tomarla en otras épocas anteriores. Habiendo sido de poco efecto el resultado destructor de las lombardas y otras piezas de batir, (que comenzaron á usarse en España por los reyes Católicos,) contra la dicha villa, púsose á dirigir el marqués de Cádiz por sí mismo los tiros, consiguiendo al fin aporillar las puertas y abrir una brecha tan grande que obligó á los moros á rendirse.

El dibujo que va al frente, representa el acto de hacer la entrega de la villa al rey Católico, el alcaide moro que rodilla en tierra, con sumisión y respeto quitándose el turbante le entrega las llaves. (1) A este le acompañan algunas gentes de la guarnición, y un pajeillo le está teniendo el caballo.

El rey católico se muestra á caballo con su cetro en la mano, llevando á su derecha al gran cardenal Mendoza; á su izquierda un personaje que lleva una cruz trebolada, y gran séquito de caballeros y soldados con sus lanzas levantadas.

(1) Este bajo relieve está algo deteriorado, faltándole las guardas de las llaves que entrega el moro; parte del cetro del rey Católico, las bridas, y algunas otras cosillas.

AZELIA Y LAS WILLIS.

BALADA

DE S. J. NOMEELA.

A A... R...

En nuestra sociedad suele pagarse el cariño con indiferencia; las deudas del alma con ingratitud; yo nunca seguiré tan bastardo ejemplo; quiero pagar la indiferencia con cariño, la ingratitud con nuevos sacrificios, con verdaderas pruebas de amistad. Tú, que inspiraste algunos de mis cantos y fuiste el objeto de toda mi admiración, recibe con esta dedicatoria una humilde ofrenda que rindo ante las aras de tu hermosura y tu talento. Ella sea testigo del inmenso cariño que no has sabido pagar.

I.

Era al anochecer; el sol próximo á hundirse en Occidente coloraba las nubes de púrpura y de oro; la blanca luna se levantaba magestuosa y los fúgidos luceros como brillantes perlas, comenzaban á asomar temerosas entre los pliegues del manto de la noche. Las ondas de los rios espiraban entre la yerba murmurando, el ruiseñor cantaba en la arboleda y la brisa suspiraba dulcemente entre las flores meciendo con su soplo los ramos de los verdes arbustos.

En uno de los mas pintorescos parages de Alemania, y al pié de una colina cubierta de frondosos endrinos y de higueras silvestres, se desliza por entre blancas guijas un cristalino arroyo, en cuyos lindes crecen la margarita, el lirio y el hirciso.

En su orilla, y mientras pacen los tiernos corderillos, está una hermosa jóven, fijo su pensamiento en el recuerdo de su amante, del que vive apartada y al que adora.

Todos la conocen por el nombre de Azelia, y Huberto llaman á su amante.

Azelia es divina como el ángel del candor, gentil como la palmera que brota en los desiertos de la Arabia, pura como la nitida azucena: sus ojos son azules, rubio y sedoso su cabello, sus lábios como los de una virgen.

Huberto se le asemeja en la nobleza de alma, pero sus ojos de fuego contrastan con la dulzura y languidez de los de Azelia, su cabellera negra cae sobre sus espaldas y su aspecto sencillo y gracioso le hacen ser el zagal mas querido de aquellos valles.

Huberto y Azelia se adoran con la pureza de los ángeles y sus pa-

2 DE SETIEMBRE DE 1855.

dres anhelan con satisfacción el momento de estrechar sus lazos para toda la vida.

Todo está ya dispuesto para sus nupcias y solo falta que torne Huberto de cumplir una penitencia que algunos años antes se había impuesto, al ver á su adorada madre á las puertas del sepulcro.

Azelia le esperaba con la mayor inquietud al pié de la colina y funestos temores la asaltaban al ver que no volvía. En esta situación se hallaba al comenzar mi relato, sin notar que la brillante luz del día iba á perderse en la oscuridad de la noche; pero el sol apagó sus rayos en los mares y Azelia despertó de su letargo, recoge su ganado y se dirige á su morada. —Para llegar á ella necesita pasar por un sombrío bosque; penetra en él y apenas dá dos pasos se detiene. —La luna se ha ocultado en un grupo de nubes y la noche está oscura.

Azelia tiene miedo; mas de una vez ha oído recordar con terror á las Willis y teme verlas aparecer. —Su imaginación las figura monstruos horribles que maltratan á las jóvenes.

Pasada la primera impresión anda maquinalmente y á cada instante acaricia á su perro y á sus traviosos corderillos. —Ni se atreve siquiera á respirar! —¿Cuánto sufrió durante su camino!

Al fin mira una luz y distingue una espaciosa pradera; la luz es de su cabaña... Su corazón palpita de gozo, respira con fuerza y deja asomar á sus ojos algunas lágrimas de alegría... Su perro ladra, los corderillos saltan, todos se regocijan á vista de su alvergue.

II.

Llega Azelia á la puerta de su morada, llama y apenas toca con su delicada mano en la tosca madera, cuando sale á su encuentro un venerable anciano que imprime un tierno beso en su virgínea frente.

Este anciano es su padre y le nombran Huddon. Su esposa había dejado de existir poco tiempo después del nacimiento de Azelia y desde entonces todo su amor lo había depositado en su encantadora hija.

—¿Cómo es, querida Azelia, le dice con acento cariñoso, que esta noche tardaste tanto en venir á mis brazos? ¿Te ha sucedido algo? Vienes muy agitada; las tintas de la rosa que ostentaban tus mejillas, se han trocado en la blancura de la nieve. ¿Qué tienes, ah! responde?... —Nada, padre mío, nada...

—No trates de ocultármelo. ¿Acaso ya no soy el confidente de tus secretos?

—Pues bien, os contaré... la noche me cogió de improviso y estaba retirada de nuestro alvergue; recogí mi ganado y llegué hasta la entrada del bosque. Allí! cuánto he sufrido! al mismo tiempo que penetraba en él se apoderó de mí un terror inmenso... los árboles me parecían fantasmas; mis pisadas me infundían pavor... Temí encontrar las Willis, esos espíritus que tanto temen los aldeanos, esas mujeres que matan al que cojen, que... yo no sé; lo cierto es que el nombrarlas tan solo me dá miedo. —Al fin llegué á la puerta de nuestra choza, y el resto de la emoción terrible que he pasado, es el que mirais en mi rostro... pero ya estoy tranquila.

—Hija mía ¡qué momentos mas crueles has padecido por tu ignorancia! Las Willis... si tú supieras lo que son, nada hubieras temido.

—¿Vos lo sabeis?

—Si Azelia, yo lo sé, y te prometo que también lo sabrás...

—Ah—padre mío, referidme...

—Antes tomemos, si te place, un frugal refrigerio... prepara los manjares.

—Bien, mas después...

—Sabrás lo que deseas.

—No os podeis figurar cuanto lo anhele.

—Pobre hija mía; qué sustos has pasado. —Ven, déjame que te estreche en mis brazos.

Después de aquella sublime prueba del amor paternal tendió Azelia sobre una rústica mesa un nevado paño sentándose enfrente de su padre.

La campana de una ermita inmediata tocaba la hora de ánimas. Huddon y su hija dejaron sus asientos y oraron... Después de haber pagado el debido tributo á la memoria de su madre y esposa, volvieron á ocupar sus puestos y continuaron su refrigerio bajo el techo de su humilde cabaña.

III.

No bien hubieron acabado, cuando Azelia, que tenía un vivísimo deseo de escuchar de los labios de su padre la descripción de las Willis, que tanto la asustaban, le dijo:

—Si no os hallais cansado y quereis satisfacer mi curiosidad, os escucharé con el mayor placer el relato que me habeis prometido.

—Si, si, voy al momento á complacerte: y comenzó el anciano de este modo:

—No me ha estrañado Azelia tu temor; yo también lo tenía y con mayor motivo como verás despues, pero mi padre me refirió lo que

voy á contarle y se desvaneció el fantasma que había creado mi imaginación con el hombre de Willis... Si vieras cuán distinto aspecto tienen

—Decid padre, decid.

—Hay desde tiempo inmemorial en nuestro país la tradición de una danza nocturna, conocida por el baile de las Willis. —Este baile se ejecuta en la espesura de los bosques.

—Bien dicen que en los bosques habitan... aun me estremezco... Continúa, continúa...

—Las Willis son las jóvenes desposadas, que perdieron la vida antes del plazo de sus bodas y decididamente apasionadas á la danza. Estas jóvenes no pueden reposar en sus sepulcros deseosas de satisfacer la pasión á la danza que durante su vida no han podido calmar, se levantan á media noche de sus lechos mortuorios, se reúnen todas en los caminos (1) y comienzan su baile con una celeridad invisible. ¡Desventurado el joven que inocente ó ansioso de contemplarlas se atreve á internarse en los bosques, ó á acercarse al lugar donde se hallan—No bien le ven le obligan á bailar y en vano son los ruegos, las amenazas, la fuerza en fin. Una le coje y baila abandonándole á otra, aquella le abandona á otra, y así sucesivamente hasta que todas bailan con él y estenuado del cansancio, cae muerto entre sus encantadoras verdugos.

—Que horror! y pasa de ese modo?

—Así lo cuenta la tradición, pero á vosotras no os hacen mal, os envidian y desean que las acompañeis.

—Oh!

—Usan para sus bailes los vestidos que preparaban para sus bodas, adornan su cabeza con guirnalda de flores, sus dedos están cubiertos de preciosos anillos. De sus blancas espaldas nacen diáfanas alas, con las que se ocultan como con un velo de gasa. Tienen su reina que es la primera que aparece cuando la media noche se dibuja en el cielo; despues de entre la flores, y las peñas de entre las plantas, van saliendo las Willis y se reúnen, y hablan en su lenguaje misterioso y admiten en su seno alguna joven desposada que quiere unirseles, concluyendo con su danza diabólica, que cesa cuando la aurora comienza á iluminar con sus rosadas luces los dilatados mares y los floridos prados. Por lo regular bailan á la melancólica claridad de la luna, con cuya luz se distinguen sus rostros blancos como la nieve, pero llenos de hermosura, de vivacidad, de juventud.

Sus piés apenas tocan el delicado césped...

—Y yo las figuraba tan horribles... no, ya no tendré miedo al pasar por el bosque... ¡Pobrecillas! me dá lástima de ellas. —¿Y se olvidan enteramente de los que amaban, de los que estaban destinados para ser sus esposos?...

—No hija, no; procuran atraerlos y... sufre la misma suerte que los demás... Perea á fuerza de bailar.

—¿Y no hay medio de sustraerse de sus redes?...

—Oh! eso... lo que es eso, es imposible... Sus gracias, su aspecto, su risa páfida, pero deslumbradora, su aire seductor son irresistibles.

—Pobrecillos!

—Esto es cuanto yo sé y también otras varias anécdotas sucedidas á algunos mozos de la aldea, en las cuales se vieron muy espuestas sus vidas y escaparon, gracias á la casualidad.

—¿Con que son las jóvenes que estaban proximas á casarse?...

—Sí.

—Entonces será Willi Ofelia, la amiga de mis primeros años. —Oh! cuánto daria por estrecharla en mis brazos.

—En muchas ocasiones he deseado ver su danzar, contemplarlas al menos, pero nunca, nunca lo he conseguido.

A esta conversacion sucedió un profundo silencio. —Azelia llevó el índice de su diestra á su mejilla inclinando graciosamente su cabeza y se puso á meditar; el anciano veló su meditación.

Al poco tiempo le dirigió la palabra para despertarla de su abs-tracción.

—¿Supongo Azelia que ya estarás tranquila?

—Sí, sí...

—Pues dispongámonos á descansar; es tarde y el lecho nos aguarda.

—Teneis razon, justo es que descansemos.

—Aun no me has dicho nada de tu adorado Huberto. —¿Qué se ha sabido de él?

—Todavía no ha vuelto de su peregrinacion... está tarde le aguardaba á la caída del sol y el choque de la brisa con el ramaje de la arboleda me parecia su paso, mas ay! en vano le descubrian mis ojos, mi imaginación era quien solo le miraba. —Mañana, si el Señor nos deja contemplar los rosados colores de la aurora, le veremos llegar á la puerta de nuestra choza.

—Mucho me alegraré de que mires colmarse tu deseo... Mas retirémonos ahora á descansar.

(1) Tradición Alemana.

Azelia besó la frente de su padre y se encaminó á una estancia vecina donde estaba su lecho.—Hudson se recostó sobre una cama que estaba cerca del hogar, y después de rezar como siempre solía se cerraron sus ojos quedándose dormido con la mayor tranquilidad. Azelia oró también y se durmió no sin haber pensado antes en su querido Huberto y mas aun (preciso es confesarlo) en la relacion que de las Willis le habia hecho el autor de sus dias.

IV.

MEDITACION.

Es ya la media noche, dejemos reposar un instante á Hudson y á su adorable hija, entreabramos la puerta de su rústico albergue y contemplemos algunos intervalos á la naturaleza.—Oh! Qué sublime cuadro se presenta á nuestra vista. Dirijamos una rápida ojeada á todo cuanto nos rodea. En frente de la cabaña se levanta una calle de espesos árboles que facilita entrada al bosque, en donde alternan los pobos y los sauces, los abedules y las acacias; á la siniestra se descubre, á favor de la claridad del astro silencioso de la noche, una hermosa campiña fecundizada por un manso arroyuelo en donde se retratan las estrellas. A la diestra una espaciosa llanura, á cuyo fin se eleva un escarpado monte, por donde se derrumba un mugidor torrente.—Ah! Levantemos los admirados ojos—¿Qué mundo es aquel que camina magestuoso por la celeste bóveda, como el bajel por los tendidos mares cuando la leve brisa riza las blancas olas?—¿Qué antorchas son aquellas que borlan el azulado manto que cubre el firmamento?—Aquel mundo es la luna; la misteriosa luna, señora de la noche y cuya melancólica luz brinda dulce reposo. Esas antorchas son las fúlgidas estrellas—El azulado manto, la alfombra que los ángeles pisan cuando descienden de la celeste cumbre y con celestial melodía adormecen á los que viven bajo el amparo de la virtud. Oh! nada hay mas sublime que la plegaria de los ángeles en la callada noche!

¡Qué cuadro! ¡Qué silencio! solo lo interrumpe el ronco trueno del torrente, las hojas de los árboles que columpian las brisas, el graznido del cárabo ó el ahullido del can, que guarda los nevados corderillos del sanguinario lobo.

¡Oh! noche! oh! poética noche, cuánto te adora mi corazón; cómo se complace mi alma en tu seno de felicidad, comprende tu misterioso lenguaje y admira al Hacedor durante las silenciosas horas de tu imperio.

Al lado de las flores que brotan en la soledad del campo, ningún pesar me agita, despréndese el espíritu de su mezquina cárcel, vuela queriendo robar al cielo sus secretos, anhelando desentrañar los arcanos de la inmortalidad y goza de un inmenso placer concedido con usura á muy pocos mortales.

Ah! noche, noche, cuánto te adora mi corazón

(Continuará)

LEDA.

(Conclusion.)

Don Sebastian despidió bruscamente á la infernal dueña, y llamando á cuatro de sus vasallos, tomó asiento en un sillón que habia en el fondo de la sala. Esta era espaciosa y oscura, pues no tenia mas luces que las que entraban por la puerta y por las saeteras en forma de cruz que habia en el muro que daba al campo; ni mas adornos que una lámpara de cobre pendiente del abovedado techo y algunos trofeos de armas de guerra de varias épocas.

Entraron al momento los cuatro vasallos, é inclinándose respetuosamente ante su señor, esperaron silenciosos á que éste les mandara: don Sebastian les indicó que se acercasen y con un tono solemne al par que dulce les dijo:

—Sois valientes, en mas de una ocasion lo habeis demostrado, y hoy quiero que me deis una prueba de vuestra obediencia, y de que sois dignos de llevar las lanzas de Túregano. Ya sabeis que los moros piensan dar un golpe á las comarcas vecinas, y que yo en mi calidad de alcaide de esta fortaleza, debo salir con mis vasallos á escarmentar á esos infames.

Los cuatro súbditos se inclinaron humildemente en ademán de asentimiento á lo que su señor decia, y para demostrar que estaban dispuestos á seguirle:

—Pues bien, mañana al alba, continuó don Sebastian, saldremos todos de este castillo con dicho objeto, y cuando llegue la hora de embestir al enemigo, quiero, que aprovechando la confusion del combate, asesineis á Guzman y se crea que ha perecido en el encuentro.

Los cuatro vasallos del perverso alcaide miráronse unos á otros y retrocedieron un paso, manifestando con ello la repugnancia que les causaba asesinar á un inocente; y don Sebastian apercibido del espanto que su propuesta habia causado en aquellos hombres, se levantó de repente de su asiento y lleno de cólera les dijo:

—Sois unos cobardes.

—¡Señor! contestó uno de ellos.

—Silencio, miserable: mañana cuando salga con mis gentes, les haré ver vuestros cuerpos colgados en los torreones del castillo, y sabrán que de esa manera paga su señor la desobediencia y cobardía: dos caminos os quedan, ó cumplir lo que os acabo de mandar, ó servir á las aves de espantajo.

—Señor, jamás hemos desobedecido vuestras órdenes, y os aseguro que serán cumplidas.

Don Sebastian lleno de orgullo por el buen efecto que habia producido en aquellos hombres su terrible amenaza, les dijo, arrojándoles un bolsón lleno de oro.

—Allá veremos: si lo cumplis, quinientos florines mas.

Al alba del dia inmediato alzabase el puente levadizo del castillo de Túregano dando paso á la meznada de don Sebastian. La tibia y rosada luz de la aurora dejóse ver á poco rato en el horizonte, permitiendo distinguir, aunque vagamente, aquel escuadrón de guerreros. El silencio que reinaba en la llanura era interrumpido por el canto de las aves que empezaban sus saludos al naciente dia, y por las pisadas y relinchos de los caballos que alegres y reloxones, manifestaban su contento al respirar el aura de la mañana. Los guerreros marchaban formados y sin pronunciar palabra, unos deseando y otros temiendo que llegara el instante del combate, y que ageno iba Guzman del lance que le esperaba! Este jóven perdidamente enamorado, no se ocupaba mas que del ángel de su amor, del cual no se habia podido despedir por no haber tenido ocasion propicia, cuya idea le llevaba entristecido, sin cuidarse de los enemigos que iba á combatir y sin haber notado que desde la salida del castillo, iban á su lado cuatro individuos que observaban hasta sus mas pequeños movimientos.

Seguian todos en la misma aptitud silenciosa, y empezaron á entrar por un trozo de camino cubierto de espesos árboles por ambos lados, llegando á poco á un recodo bastante pronunciado, donde se aumentaba de una manera tal la espesura del bosque que hacia impenetrable los rayos del sol. El lúgubre aspecto de aquel terreno sombrío y solitario, y su tortuosa disposicion, era el mas adecuado para una sorpresa; y como los moros para acometer á las lanzas castellanas, se valian siempre de este ó semejantes medios, don Sebastian calculó que nada tenia de particular que sucediera así, y resolvió dar á sus vasallos la voz de estar prevenidos; pero la sed de venganza que tuviera y la intranquilidad de su corazón le distrajeron un tanto; y ya se le figuraba ver en tierra el sangriento cadáver de Guzman, ya caer sobre su cabeza el justo anatema del cielo.

Embebido en estas meditaciones no cuidó de prevenirse ni prevenir á sus vasallos, y descuidados todos no se apercibieron de los enemigos que se les acercaban. De pronto se oyó una gritería salvaje, y salieron por ambos lados del camino un enjambre de africanos, que echándose como leones sobre los confiados guerreros, los envolvieron y apuchillaron. Guzman se preparó á embestir á aquella turba cobarde, y se vé cercado de cuatro de sus compañeros que á izquierda y derecha le dirigen los mas terribles botes de lanza.

—Infames, dijo el valiente jóven, no os temo aunque fueseis doble número, y empezó á defenderse con bizarría devolviendo golpe por golpe.

Aterradora era aquella escena de sangre y de matanza, do los ayes de los moribundos y el choque de los alfanges con las cotas de acero, se confundian con las voces de Santiago de los castellanos y con las blasfemias mas horribles de los moros. Guzman habia desmontado á uno de sus enemigos, lo que dió pábulo á que los otros tres redoblasen su furor y el valiente y arrojado jóven herido y con la lanza rota se quitaba con el escudo los certeros golpes que le dirigian: y aprovechando un instante oportuno y viendo que iba á perecer, desvainó su espada y acometió como un tigre á aquellos traidores. Un guerrero vino en socorro del cuasi ya vencido Guzman, el cual repartiendo mandobles en todas direcciones, dispersó á los que le acometian, librándole de la muerte con su arrojo. Mas de una hora duró aquella encarnizada lucha que sembró de cadáveres el camino: los moros, ni vencidos ni vencedores, se internaron por la espesura, batiendo palmas por la victoria, que en su sentir habian logrado.

Reconoció el campo, se encontró entre otros el cuerpo exánime de don Sebastian, con el casco y la cabeza partida en dos mitades. Guzman, herido levemente, reunió los guerreros que habian quedado, y dictando algunas disposiciones, hizo conducir el cadáver de su señor á la villa de Túregano, donde se le dió sepultura, dirigiéndose por último á la fortaleza con los restos de la hueste.

Guzman apenas hubo llegado, se dirigió á su habitacion agoviado

por la fatiga de la lucha, por el pesar que le ocasionaba la muerte de su señor, y mas aun por el sentimiento que habia de experimentar Leda al saber la muerte de su padre. Pensaba igualmente en la traicion de que habia sido victima, y en quién seria aquel guerrero valiente y generoso que con peligro de su vida habia salvado la suya, pues ansiaba vivamente el conocerle para demostrarle su gratitud y reconocimiento; mas un velo cubria este hecho para el misterioso y bien pronto habia de correrse ante su vista.

Ocupado en estas reflexiones, oyó pasos acelerados que se dirigian á la puerta de la habitacion, lo que le obligó á fijar los ojos en ella, y con sorpresa vió entrar un guerrero que tomándole por la mano le intimó á que le siguiese.

—Quién eres? preguntó Guzman.

—Sígueme y lo sabrás despues.

Guzman escuchó aquella voz imperativa sin replicar palabra y siguió al guerrero, subiendo por una escalera de caracol y entrando por último en la habitacion de su amada. Apenas entraron, el guerrero se quitó el bruñido casco, y Guzman quedó absorto al ver el semblante de la mujer que amaba, y exclamó con un tono que demostraba su admiración ¡Leda!

—Yo soy, Guzman, yo soy; mi padre ha muerto... lo sé; y ya no

me queda en la tierra una persona que me inspire un amor y una esperanza á no ser tú.

Un llanto desconsolador empezaron á brotar sus ojos; y aquellas lágrimas preciosas que parecian diamantes, resbalaban por la bruñida armadura y las recogia Guzman en un pañuelo.

—Por qué lloras ángel mio? ¡Ah! si has perdido á tu padre, sabes que en mí tienes un amigo... un amante... y un...

—¡Ah! lloro porque el llanto me consuela y mitiga mi dolor: en cuanto á mi futura suerte, nada debo temer porque sé lo que vales, lo que puedo esperar de ti y lo que serás en adelante: tu amor lo pago con amor; tus caricias con caricias; pero lo que no podré pagarte nunca, es el peligro en que te has visto por mi causa.

—No pienses en eso, ¡los peligros de la guerra! pero dime ¿tú con armadura?

—Y orgullosa de vestirla.

—¡Ah! tú has sido mi salvador, quien me ha arrancado á los traidores, quien los ha dispersado y vencido.

—Y quien sabrá castigarles.

—Y cómo pudistes saber?...

—No ignoraba que mi padre hacia las mas vivas diligencias para averiguar nuestro secreto amor; y yo, cual una madre solícita, espíaba



á los que nos espíaban y ¡ayer! ayer supe que por orden de mi padre ibas á ser sacrificado hoy.

—¿Es posible!

—¿Cómo habia de estar yo pasiva al ver tan próxima tu muerte? ¡Ah! te amaba mi corazón, tu existencia era la mia y deliberé salvarte ó perecer contigo: si Guzman, con las lágrimas en los ojos y la angustia en el alma, busqué una armadura y una lanza, y esperé la salida de la mesnada: salió, y como un soldado caminé con ella sin perderte de vista, y cuando trataron de ofenderte dirigí mis súplicas á Dios blandí la lanza y...

—Gracias, divina Leda: antes mi dicha y mi ventura te la debía, y ahora también te soy deudor de la existencia: ya no tendremos que luchar con la oposicion de nadie; tu corazón es libre como el mio y solo anhelo escuchar de tus labios una palabra solemne.

—Y cuál es?

—Me otorgarás tu mano de esposa?

—El ser á quien ofreciera en mi infancia los primeros pensamientos de mi corazón y luego mas tarde el tesoro de amor que encerraba mi pecho, merece mi mano y cuanto poseo: ahí la tienes, seré tu esposa y procuremos vivir dichosos.

Guzman tomó la blanca mano de Leda, y llevándola á sus labios imprimió en ella ardientes besos y la regó con lágrimas de gozo.

Leda en su infancia dijo á Guzman que llegaría á ser grande, muy grande! Así fué. Grande y sublime se mostró aquella jóven aristócrata,

cuando llevada en alas del verdadero amor que profesaba á su amante, se lanzó en medio de un combate horroroso para defenderle y salvarle de una muerte tan segura como cierta de gloria: no menos grande y elevada se mostró igualmente al aceptar por esposo á un vasallo de su padre, desdénando los escrúpulos de limpieza de sangre que tanto abundaban en aquella época (y que por desgracia aun existen todavía) convencida de que la nobleza del hombre la constituye la virtud y probidad, y no un pergamino mas ó menos retumbante.

A los pocos dias de la muerte de don Sebastian, se celebró modestamente la union sacramental de Leda y Guzman, los cuales desde sus mas tiernos años anunciaron haber nacido el uno para el otro; y al siguiente del en que Guzman tomó posesion de la alcaidía del castillo, fué despedida la perjudicial Celestina, y aparecieron colgadas de las almenas de la fortaleza los cuatro vasallos que intentaron asesinarle.

ANTONIO CASTILLA Y OCAMPO.

UNA ESCURSION ESTUDIANTE.

(Continuacion.)

Aunque he dicho que nuestro insigne panderetero se habia enamorado de la criada de la consabida fonda (la fonda de los 10,000 reis), debo declarar que ignorábamos toda via esta circunstancia cuando

Matias se separó de nosotros diciéndonos que éramos la causa del suicidio de D. Bruno; de modo que carecíamos hasta de este preciosísimo dato para encontrar á nuestro camarada separado bruscamente de nuestra compañía. Quince días pasamos en inútiles averiguaciones, y al fin persuadidos de que Matias había resuelto no volver á nuestro gremio, cuando no hubiera hecho alguna locura como la de su amo, decidimos regresar á nuestra predilecta ciudad de Salamanca.

Escusado me parece decir que en cada uno de los quince días transcurridos desde la desaparición de Matias hasta aquel en que se trató de nuestro regreso, habíamos tenido quince discusiones, dirigidas todas á investigar la parte directa ó indirecta que habíamos tenido en el suicidio de D. Bruno, concluyendo siempre por lavarnos las manos acerca de aquel deplorable suceso. Sin embargo, como una acusación, por infundada que sea, marca siempre alguna huella en la imaginación suspicaz del hombre, llegamos á mirarnos mutuamente con cierto recelo, y es posible que en los tiempos del fanatismo y de la inquisición hubiéramos acabado por hacernos quemar vivos los unos á los otros. Esto no impedía que á las horas de costumbre tomásemos nuestras guitarras, flautas y violín, y fuésemos á engrosar nuestra pacotilla explotando el efecto mágico que los cantos andaluces producían en los habitantes de Lisboa. Esto era lo único que en parte podía compensar en nosotros la pérdida de Matias y la de nuestra recíproca confianza, pues vivíamos en un estado de continua alarma, sospechando los unos de los otros desde que cada uno atribuía á los demás cierta participación culpable en el suicidio de D. Bruno. Esta preocupación llegó á tomar tal cuerpo en todos nosotros, que pedimos habitaciones separadas, y aun así nos levantábamos sobresaltados, profiriendo palabras injuriosas ó demandando auxilio á la vecindad, que creyó que nos habíamos vuelto locos.

Llegó por fin la víspera del día en que debíamos emprender la contramarcha, y convenimos en celebrar nuestra partida en la *Fonda de los diez mil reis*.

Habíamos almorzado tarde aquel día; nuestra comida debía por lo tanto tener honores de cena, y así fué, pues eran mas de las nueve cuando nos sentamos á la mesa, y mas de las doce cuando nos levantamos, si bien debo decir que el último tercio de tiempo de nuestra estancia en la fonda no lo empleamos en comer, sino en oír una historia que nos interesó desde luego, y que quiero reproducir aquí con permiso de mis lectores.

Fué el caso que á eso de las once, cuando ya no quedaba en la fonda mas gente que nosotros y la jóven que nos había servido, esta se acercó á nosotros, y no sin gran esfuerzo para vencer su natural rubor, nos preguntó por el compañero que nos faltaba. Dijimosla que había desaparecido, y ella nos consoló manifestando que le había visto atravesar varias veces por su calle, despojado del hábito estudiantil. Esto nos dió la esperanza de encontrar á Matias y el gusto de entablar conversacion con la jóven, que por su conducta nos había llamado la atención tanto como por sus gracias personales.

—¿Sabe Vd., amiga, la dije yo, que habla Vd. el español tambien como nosotros.

—Eso no tiene nada de extraño, contestó la jóven.

—Sin embargo, los portugueses, aunque entienden generalmente el castellano, suelen tener alguna dificultad para pronunciarlo tan bien como Vd.

—¿Y quién le ha dicho á Vd. que yo sea portuguesa?

—¡Bravo! exclamé yo; ¿con que por lo visto es Vd. paisana nuestra?

—En Lisboa, dijo ella, soy paisana de todos Vds., porque todos los españoles somos paisanos en tierra extranjera. En España creo que ninguno de Vds. podría llamarse con propiedad paisano mio mas que Matias, y éste hasta cierto punto.

Cada palabra de la jóven era un nuevo descubrimiento para nosotros, y cada descubrimiento aumentaba en nosotros la impresion del asombro que parecía perseguirnos desde el día que resolvimos salir de Salamanca.

—¡Es posible! dijimos á una voz todos los estudiantes.

—¡Y tan posible! contestó ella, como que el pobre Matias tardaría en reconocermelo lo que yo tardase en recordarle un hecho bastante doloroso por cierto.

Y los ojos de la jóven se humedecieron al pronunciar estas palabras.

—Pero entonces, dijo uno de mis compañeros, ¿por qué ha llevado Vd. su timidez ó su reserva hasta el punto de no darse á conocer á su paisano el día que vino á comer con nosotros?

—¡Ah! respondió la jóven; ¿por qué...? ¿quién sabe si el afecto que empezó á mostrarme en sus miradas se hubiera cambiado inmediatamente en desden?

—Sin embargo, objetó mi compañero, aunque Vd. se vea en la humilde condicion de criada, no por eso dejaría de ser acreedora al aprecio de todos nosotros, y principalmente de Matias, que á sus ideas

nada aristocráticas reúne la circunstancia de ser un pobre criado tambien.

—¡Calle Vd.! dijo la jóven; ¿Matias, el hijo del primer propietario de Penaranda está sirviendo?

Todos ignorábamos los antecedentes de nuestro compañero, de modo que no pudimos contestar á la pregunta; pero para consolar á la jóven, que parecia un poco afligida con la noticia, yo me apresuré á manifestarla que Matias acababa de heredar una pingüe fortuna, y ¡cosa rara! esta noticia produjo mayor desconsuelo que la anterior en la jóven, cuyo corazón se violentaba para manifestar una alegría que estaba lejos de experimentar. Digamos de una vez que aquella pobre muchacha había empezado á sentir alguna inclinación amorosa hacia Matias, á quien osaba aspirar cuando le creyó pobre por un momento y que vió con mis palabras marchitarse en flor sus ilusiones. Resignada entonces con su suerte, se decidió á revelarnos su historia, no reparando ya en el inconveniente de recordar cuanto pudiera humillarla á los ojos de un hombre de quien parecia complacerse en separarla el abismo de la fortuna.



(Aventuras de un loco coronado.)

—Me alegro de su buena suerte, dijo: así como así ¡no hay dicha en la tierra que baste á recompenar á esa noble familia, sin cuya generosidad no hubiera podido enterrarse á mi pobre madre!

Esta triste revelacion nos interesó tanto en favor de la jóven, que la suplicamos nos contase su historia, á lo que ella accedió, interrumpiendo muchas veces, como era natural, sus palabras con los sollozos.

—Mi madre, dijo, era hija de una familia noble establecida en Madrid, y tanto por esta circunstancia cuanto por sus gracias naturales, fué desde luego solicitada por varios de los jóvenes que concurrían á su casa. Entre estos mi madre daba la preferencia á un abogado, contrariando los proyectos de sus padres que la destinaban á un coronel, persona recomendada á sus ojos por la triple ventaja de su graduacion, sus títulos y su fortuna. Llegó un día en que mis abuelos resolvieron despedir al abogado de su casa, y para humillarle mas dieron á su rival el encargo de desempeñar esta comision, á que él se prestó con la satisfacción propia de un amante que aspira á la realización de sus ilusiones y con la altanería que suele dar la costumbre de manejar la espada. El abogado, que vió un insulto en la forma de su despedida, se esforzó en dominar el enojo que le causaba, y contestó que estaba

dispuesto á retirarse de la casa de mis abuelos, pero no á renunciar al amor de mi madre, respuesta que encendió la sangre del militar, pasando el uno y el otro á palabras mayores, y de estas á un duelo que concluyeron para el día siguiente.

—¡Yá dije yo; ese es el desenlace de los dramas en que interviene algun militar; porque como estos señores tienen superioridad en las armas sobre los paisanos...

—Así lo creía el coronel de quien yo iba hablando, repuso la jóven, y en esta confianza quiso que el duelo fuese á muerte, contra la opinión de su contrario y de los padrinos que pensaban de distinto modo; pero ignoraba el militar que su adversario tenía sobre él una inmensa superioridad en la esgrima, y por eso sin duda llevaba tan adelante sus provocaciones. Salieron al campo y empezaron el combate, resultando á poco tiempo herido el abogado en un brazo...

—¡Adios! exclamé yo; el hombre al ver su sangre se pondría furioso.

—Nada de eso, continuó la jóven; el pobre se había dejado herir voluntariamente para ver si aplacaba la cólera de su rival, y así se apresuró á enseñar su herida diciendo: «Estoy vencido.» Pero el coronel no se dió por satisfecho, insistió en que el desafío debía terminar con la muerte de uno de los dos y amenazó al herido con que le mataría ignominiosamente si no tenía valor para seguir el combate.

—¿Qué terco sería el tal coronel! dijo uno de mis camaradas.

—¿Y qué prudente el abogado! repuso otro.

—Este, continuó la jóven, hizo nuevas instancias para vencer la obstinación de su antagonista, repitiendo siempre que él era el ofendido, que había recibido una herida, y que sin embargo daba el duelo por terminado, mostrando á todo esto una resignación que el mundo interpreta desfavorablemente; pero cuando se persuadió de que la catástrofe era inevitable, cuando se cansó de sufrir las insolencias del hombre á quien hasta entonces había hecho el sacrificio de su honra, empuñó furioso la espada y: «Señores, dijo á los padrinos, creo que en cualquier tiempo harán Vds. constar la paciencia, la moderación con que me he conducido en este trance amargo: en cuanto á Vd., añadió dirigiéndose al coronel, encomiende su alma á Dios, porque pronto habrá Vd. dejado de existir.» Y en efecto, algunos segundos después el provocador cayó como herido por un rayo para no volver á levantarse.

Aquí nuestra compatriota hizo una pausa como para recoger el estraviado hilo de sus ideas, y prosiguió de este modo:

—El abogado tuvo que esconderse para no sufrir las consecuencias legales de aquel suceso, pero pronto fué hallado y entregado á los tribunales por las diligencias que practicaron mis abuelos. Mi padre suplicó, lloró, hizo cuanto pudo para salvar al preso, y por último, para mas obligar á sus padres, le confesó que estaba en visperas de ser madre...

—Con qué, es decir, interrumpí yo, que el abogado...

—Era mi padre, repuso la jóven, mi padre á quien nunca he conocido; porque salió á cumplir su condena en los presidios de Ultramar y no hemos vuelto á tener noticias de su paradero. En cuanto á mi pobre madre, la infeliz se vió lanzada de su casa, rechazada por toda la familia, y obligada, hasta que murió, á trabajar para ganar su sustento y el mío. Afortunadamente había recibido una educación conveniente; cosía y bordaba con primor, merced á lo cual mientras disfrutó de buena salud, pudo fácilmente subvenir á nuestras necesidades; pero sus parientes, ofendidos, no contentos con rechazarla, llegaron á escarnecerla, razón por la cual tuvo que abandonar la corte, y se retiró al pueblo de Peñaranda donde yo pasé mis primeros años. Allí vivimos disfrutando alguna tranquilidad, único bien que podía calmar los rigores del infortunio; pero mi madre cayó enferma cuando yo apenas tenía diez años, y no podía por consiguiente suplir su falta en el trabajo. Agotáronse todos nuestros recursos; vendimos todos los enseres de la casa, nuestra ropa, nuestras camas, todo lo vendimos, excepto esta sortija de mi padre.

Y dijo esto alargando la mano para enseñarnos aquel mudo testigo del amor que había sobrenadado en el piélago de tantas desgracias. Luego continuó:

—Al fin murió mi madre llevando á la sepultura el sentimiento de la situación en que me dejaba, y la incertidumbre de mi porvenir. Yo que había velado tanto tiempo su sueño, tuve que velar toda una noche su cadáver, y ya la autoridad iba á sacar el cuerpo de la habitación sin las formalidades de costumbre, cuando el padre de Matías se presentó diciendo que él pagaba el entierro, con lo cual se allanaron todas las dificultades. En cuanto á mí, me sería imposible decir los países que he corrido desde entonces, primero mendigando el pan de puerta en puerta, y trabajando despues honradamente para ganarlo. Así la casualidad me condujo á esta tierra hace cuatro años, y en ella vivo como Vds. ven, sin conocer el amor desde que murió mi madre, sin mas esperanzas que las que una débil criatura puede fundar en un anillo, y sin otro recuerdo de gratitud que el que en mi corazón

dejó grabado el generoso padre de vuestro camarada. Pero señores, han dado ya las doce, y no pueden Vds. permanecer aquí mas tiempo.

J. M. VILLER GAS.

AVENTURAS DE UN LOCO CORONADO.

(Continuación.)

Después de una pausa, Carlos XII prosiguió así su relación:

—Mi padre estaba sentado junto á esta ventana hace dieziocho años, cuando vió un puote negro adelantarse desde el fondo del horizonte, empezó á mirarle por distracción deslizarse hácia Stokolmo. No era un trineo ni una barca, y sin embargo pareciase algo á una nave porque tenía en torno de un mástil, una especie de vela recogida. La curiosidad de mi padre se aumentó. Apenas habían pasado diez minutos cuando conoció que era una especie de cuna de cuero que podía navegar con la ayuda de una vela ó deslizarse como un trineo por la mar congelada, impelida por el viento. Esta especie de viages en tales navios no son comunes. Los reyes solos los imponen en circunstancias extraordinarias á correos, cuya vuelta no siempre es cierta. ¿De dónde venía aquella extraña barca con el tiempo cruel que reinaba seis meses hacia en el Báltico? ¿Quién era el temerario marino que la tripulaba? Yo lo sabré, dijo el rey, daré orden de detener la barca y los viajeros así que lleguen á Stokolmo y no tendré mucho que esperar. Sin perder de vista la navicilla el rey llevó la mano á la campanilla; pero de pronto á una distancia considerable de la rivera la barca se detiene, baja de ella un hombre que pone sobre el hielo un cofre ó una especie de cofre y con gran estrañeza de mi padre que no esperaba este desenlace, se lanza de nuevo en su barquecilla y desaparece por donde había venido. Mi padre llama al momento á sus oficiales de servicio para que vayan á buscar lo que ha sido abandonado sobre las aguas heladas por el aventurero marino. ¿Era un contrabandista? ¿sería un pirata? Pero los contrabandistas y los piratas tienen la costumbre de coger y no la de dejar... Mientras mi padre se debatía los sesos para adivinar este secreto, los oficiales volvieron con una cuna ingeniosamente hecha. Estaba forrada de calientes pieles y tan bien dispuesta que ni el aire ni el agua podrían penetrar en ella. No se había descuidado nada para que el niño encerrado en ella viviese diez ó doce horas sin peligro, porque esta cuna, querido Reginold, encerraba un niño y este niño eras tú.

—Yo!

El grito de Reginold partió del fondo de su alma.

—Mi padre quiso, prosiguió el rey, que se te confiase á las damas de mi madre para que se cuidasen de tí.

—Después de Dios, le debo la vida, murmuró piadosamente Reginold.

—Quiso que te criases conmigo y como yo, tuvimos los mismos placeres, las mismas alegrías, los mismos maestros.

—¿Tendré yo jamás bastante poder para pagar tanta generosidad?... Pero no trató nunca de saber vuestro padre cómo y por quién había yo sido abandonado?

—Solo se tuvieron sospechas.

—Ah ¡hubo sospechas?

—Tú no provenías de Suecia, tus envolturas indicaban otro origen.

—¿Un origen, repetía á media voz Reginold, tan admirado como si hubiera oído un cuento de hadas, mas admirado aun porque él era el héroe del cuento. ¿Y qué origen era ese?

—No se sabía claramente. Se dudaba si la cuna había sido hecha en Dinamarca, en Alemania ó en Rusia.

—Así, dijo Reginold, no es probable que yo sea Sueco.

—Es poco probable como dices, y por consiguiente no eres mi súbdito.

—Quiero serlo señor, toda mi vida por la fidelidad y la abnegación...

—Veremos, dijo el rey sonriendo.

Esta sonrisa heló la sangre en las venas de Reginold, que creyó ver en ella una burla. Parecióle que Carlos XII sabía que osaba amar á la misma mujer que él y que acababa de apuntar á sus oficiales de la ida de seguirle á la guerra.

—¿Dudareis de mi fidelidad, señor? exclamó.

—Dudar! respondió el rey con un tono de franqueza que le tranquilizó un poco... Pero prosigamos. Mi padre, el difunto rey Carlos XI, que no había querido que te criases con los criados de palacio, previó lo embarazosa que llegaría á ser tu posición si te criaba en el rango donde su bondad providencial te había colocado. Entre nosotros, en Suecia, sabes como yo, querido Reginold, á pesar de las leyes de igual-

dad de que tan orgullosos estamos, el nacimiento solo abre las carreras y engrandece á los hombres. Tu nacimiento era desconocido. ¿Cómo sin escitar los celos de la nobleza, conservadora escrupulosa de sus derechos, favorecerte tanto como á ella? Qué destino concederte en la iglesia, las armas, ó la política, sin sublevar enseguida las reclamaciones de la aristocracia? Era esponerte á sus golpes sin resultado posible para tí. Esas gentes acaban siempre por triunfar. El rey quiso entonces, pues que no podías entrar en su casa á título de oficial, que formaras parte de su familia, deseo contra el cual nadie tendría seguramente el derecho de protestar. No pudiendo hacerte ni su limosnero ni su general, ni su embajador, quiso que llegases á ser el compañero de su hijo único, mi amigo en fin...

—Me dió, señor, el mas hermoso título creyendo rehúsármelos todos.

—Sí, amigo mío, porque este título me permite contar contigo cuando por mi posición de rey con nadie puedo contar. Pues no tienes ningún derecho para esperar de mí dignidades, ni rango, ni honores, no tendrás nunca motivo para hacerme traición si te olvido.

Reginold creyó recibir un golpe en el corazón.

—Pero, prosiguió el rey, nadie sabrá concederte de mejor gana que yo, todas las ventajas que tienes derecho de reclamar... Eres hermano del rey, que no teme verte un día escalar su trono... Hé aquí Reginold, añadió el rey, después de un momento de silencio, hé aquí lo que eres...

—Yo no soy nada... exclamó Reginold con voz ahogada, yo no existo sino por vuestra familia, por vos... yo ignoraba... Ah! si yo hubiera sabido...

—¿Qué hubieras hecho?

—Nada... yo...

—¿Podías probarme tu reconocimiento sin saber lo que me debías? Reginold se había levantado.

—Yo no tengo sino un modo de probaroslo ahora...

—Vamos, Reginold, le dijo el rey conmovido y al par inquieto de esta exaltación febril que no tenía el carácter de la noble gratitud cuando corre sin esfuerzo... Vamos, Reginold, no exageres... el deber, la amistad...

—No tengo mas que un modo, os digo, de probaros mi reconocimiento, y es el recibir la primera bala que os sea destinada y morir á vuestros pies...

—Pero estas temblando?...

—Sí, señor, sí, yo tiemblo...

—Palideces...

—Sí... sí señor.

—Pero qué tienes que decirme? Se creería que un pesar, un error, una falta...

—Señor...

—Habla, abre tu corazón, como yo te he abierto el mío, como yo he debido decirte lo que sabía de tí antes de lanzarte en los peligros de una guerra, de la cual acaso no volveremos ni tú ni yo. Habla á tu vez. ¿Que sabes de mí?

—Señor, no se os ha hecho traición, no...

—Traición! exclamó el rey, y quién ha podido tener tal pensamiento? Reginold continuó.

—Pero una larga paz ha debilitado vuestra nobleza, ha contraído costumbres de ociosidad y placer...

—Vive dios! Yo no la hago un crimen de eso, yo que la he impedido por ese camino de donde no he salido sino hace algunas horas.

—Vos señor, habeis tomado la heroica resolución de salir, pero ella ha vacilado cuando os habeis mostrado tan fuerte dándola ejemplo.

—Te engañas Reginold, ó yo no comprendo...

—No me engaño, prosiguió Reginold temblando al hacer esta revelación de su falta, ó mas bien de los resultados de su falta; no, no me engaño.

—¿Qué quieres decir entonces?

—Quiero decir señor, que los gefes nombrados por vos, los que habeis designado para acompañaros en vuestra expedición contra Dinamarca...

—Y bien, me seguirán...

—No, señor.

—No?

—Señor, no os hacen traición os lo repito, pero el placer, el juego, la costumbre de reposo, el gusto del desahogo los seducen... rehúsándose á seguirlos, esperan que no dejareis á Stokolmo, y que tornareis con ellos á esa dulce existencia... la sola que conocen y comprenden.

—Sí, añadió melancólicamente Carlos XII, y que yo les he hecho conocer.

Reginold había descargado su corazón de un pesado fardo que le ahogaba...

Carlos XII mas sombrío aun guardaba un silencio borrascoso.

—Lo sabias?

—Sí, señor.

—Y no habias dicho nada?

—Os lo he dicho...

—Es verdad...

Ni uno ni otro estaban satisfechos de estas respuestas.

De pronto ambos sintieron venir de los lugares mas apartados del palacio, gritos horribles que repetían: fuego! fuego!

—Oigamos, dijo el rey.

Reginold abrió una ventana y exclamó—Señor, es un incendio, un espantoso incendio.

—¿Dónde?

—Aquí mismo, según creo.

Y los gritos repetían: fuego, fuego, fuego!

—Sí, sí, aquí es, ved ese humo espeso sale de una espantosa hoguera.

—Y en qué parte del palacio es el fuego?

—En todas partes, señor.

La campana de alarma sonó y todas las campanas de la ciudad respondieron á su lúgubre llamamiento.

—Y luego un viento terrible, prosiguió el rey sin conmoverse.

—Alimenta el incendio... señor... pero llegan socorros, pónense escalas, hé aquí las bombas, el pueblo está ahí... Señor...

—¿Qué?

—Salvaos.

—Para qué?

—Pero el peligro... el fuego que lo va á invadir todo...

—Silencio, dijo el rey, mostrándose detrás de un cortinaje de llamas al pueblo que gritaba espantado: el rey! el rey! salvad al rey!

(Continuará.)

EL ANILLO DE LA VIRGEN.

Leyenda histórica original (siglo XVI),

POR D. JUAN DE DIOS DE LA RADA Y DELGADO.

I.

Corre el año veinticinco del siglo décimo sexto, que va contando sus días en el español Imperio, por los de gloria que alcanzan los no vencidos guerreros, del gran César Carlos V, á quien dan espacio estrecho para su nombre y su gloria de dos mundos los linderos. Corre el año veinticinco en el que humillar supieron los valientes españoles en Pavía la herro á hierro el poder de los de Francia que entonces probar pudieron, que no se insulta al Leon impugnemente y sin riesgo, y que bajo el sol que alumbra en el castellano suelo, latén solo corazones del temple de los aceros que con el ardor se forjan de sus esforzados pechos. —Fatal le fué la jornada á los franceses ejércitos, y mas fatal á su jefe el rey Francisco I, que al soldado Juan de Urbieta de los españoles tercios, tuvo que entregar vencido su espada de caballero: hazña que en nuestra historia mas de una vez grabó el tiempo pues valiente en el combate cual prudente en el consejo, vale un soldado de España por mas de un rey extranjero.

II.

Desusada animación
 en la condal Barcelona,
 por todas partes se advierte
 y ocupa la jente toda.—
 Ya empezaban del almendro
 las flores blancas y rojas
 á ostentar en las montañas
 sus entreabiertas corolas,
 y entre guijos resbalando
 que musgo naciente alfombra,
 murmurando los arroyos
 las flores nacentes mojan;
 que ya el atardecer invierno
 con sus hielos y sus sombras,
 se retiraba vencido
 á las nieves que coronan
 de los altos Pirineos
 las insuperables rocas.
 Ya las brisas de los prados
 impregnadas en aromas
 que las libran á las flores
 que en el monte y valle brotan,
 de los árboles meciendo
 van las transparentes hojas.
 No empañan las pardas nubes
 el puro azul que colora
 el radiante firmamento;
 y del sol la lumbré roja
 reflejaba de los mares
 en las adornadas ondas,
 que mansamente acarician
 las playas de Barcelona,
 como serena que arroja
 para devorar traidora
 á quien aduermen tranquilo
 sus cántigas seductoras.
 Álzase la primavera
 cual si temiera envidiosa
 las galas con que se cubre
 la ciudad de las historias,
 á quien Wifredo valiente
 le diera las barras rojas,
 para blason conquistado
 con su sangre y con su gloria.
 Y en verdad que está brillante
 la ciudad encantadora,
 que se engalana altanera
 de su belleza orgullosa,
 y se agita entre los murres
 que la cercan y aprisionan.
 Cuélganse ricos tapices
 de flamencas tejedoras,
 en los ligeros balcones
 que prolijamente adornan,
 columnitas, hojas y arcos
 de la arquitectura gótica.
 A sus talladas labores
 frescas guirnalda festonan
 que el ambiente suave y puro
 con sus perfumes aroman;
 y su modesta ventana
 aun el menestral adorna
 de verde laurel brillante
 símbolo de la victoria,
 y de enredado ciprés
 con oscuras ramas cortas,
 signo de que alguien padece
 con tan desusada pompa.
 Jimen los marinos ecos
 en las playas y en las rocas,
 de repetir fatigados
 los gritos de los que adornan
 las galeras y las barcas
 que junto al puerto aprisiona
 á la cadena sujeta
 rechinando el ancha corva
 y el ruido de las que alzan
 frente de la antigua lonja

un tablado de madera
 que en el revalage ahoga
 el lujo de los tapices
 conque le cubren y alfombran.
 Rechinan de las cureñas
 las ruedas en que se apoyan
 los cañones de los muros
 que á las playas arenosas,
 bajan los fuertes soldados
 entre tirantes maromas,
 llevan dorado mueblage
 y ricas telas gustosas
 al palacio que en la rambla
 edificó Tarragona
 morada de su arzobispo,
 y á cuya espalda se notan
 de un dilatado jardín
 salvando las tapias cortas
 los árboles á quien mece
 la brisa murmuradora:
 y en las calles y en las plazas
 la muchedumbre afanosa
 agítase codeando
 porque se empuja y se ahoga
 en el bullicio incesante
 que se aumenta á cada hora.
 En balcones y ventanas
 sus gracias encantadoras
 las hijas del Llobregat
 van ostentando cuidosas
 de mirar ó que las miren
 los galanes que enamoran.
 Cruzan gallardos ginetes
 que ocultan lucientes cotas
 de seda con ricas túnicas
 que el oro y la plata bordan,
 y ondula en su martinete
 con la brisa bulliciosa
 ligera pluma de cisne
 que en rico broche se apoya.
 Por allí cruza de pases
 muchedumbre revoltosa,
 que á las viejas mortifican
 con sus frases zumbadoras:
 aquí la gente se agrupa
 y se oprime y se alborota,
 paso dejando á algun tercio
 de las castellanas tropas
 que marchan acompasadas
 al son de marciales trompas.
 Tras de ellas se ven pasar,
 luciendo tálares ropas,
 los severos consellers
 con su corte numerosa,
 y el obispo y su cabildo
 con vestiduras lujosas
 llevando la cruz delante
 ante la cual se destacan
 los hombres, y las mujeres
 devotamente se postran.
 No faltan galanteadores
 que aprovechando las horas
 de confusión y tumulto
 cambie una cita amorosa
 á despecho de una dueña
 que su vejez no perdona,
 ni reñidores soldados,
 ni mal avenidas mozas,
 ni desenvueltos muchachos
 ni viejas murmuradoras.
 Todo es ruido y confusión:
 gritos que gritos ahogan,
 y plumas, velos y almetes,
 músicas, flores y tocas.

(Continuará.)

Director y propietario. D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO E ILUSTRACION, á cargo de D. G. Alhambra.